

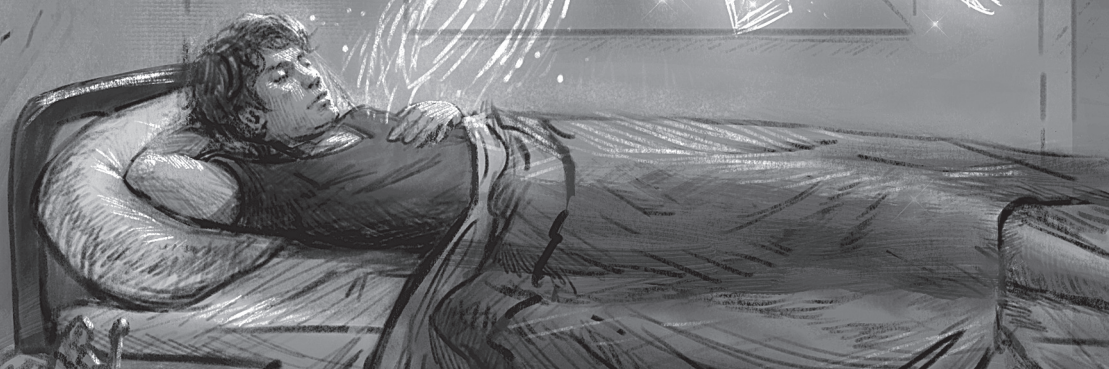
PAMELA STUPIA



LAS SIETE VIDAS DE
MASON DAFT

 Planeta

PAMELA STUPIA



LAS SIETE VIDAS DE
MASON DAFT

 Planeta

1

Nueva York, 2023

Me odio y quiero morir.

Ese fue el título que Kurt Cobain había elegido para un disco de Nirvana. Y, sin ningún tipo de dudas, así se hubiese titulado si la discográfica no se hubiese negado rotundamente. Por pura coincidencia, fueron esas mismas palabras las que pensó Mason una noche de primavera. Si hubiese sido invierno, o tal vez otoño, el marco hubiese sido el de una historia perfecta. Pero no lo era. El frío en Nueva York se estaba disipando, la nieve ya era historia y las flores amarillas empezaban a brotar en el Central Park. Sin embargo, en la vida de Mason Daft hacía mucho tiempo que nada florecía.

Pensó en comer algo, pero... qué sentido tenía si todo estaba a punto de terminar. ¿Cambiaría algo morir con el estómago vacío? Aquel interrogante lo perturbó. En los últimos meses se había preguntado más de una vez qué ocurriría luego. ¿Cielo? ¿Infierno? ¿Y si todo se apagaba para siempre? Mason creía que no habría nada más, sería como si una luz se apagara. Como si algo dejara de funcionar para siempre. Eso, que tanto había pensado de pequeño y tanto le había inquietado, ya no le importaba. Nada le preocupaba o, tal vez, el problema era que todo le preocupaba demasiado. Eso no lo sabía bien, pero tampoco le pareció relevante analizarlo cuando todo estaba a punto de terminar.

Se afeitó, mientras se preguntaba si era mejor morir afeitado o con la barba crecida. Entonces, se puso unos pantalones negros, una camiseta de Nirvana y sus Converse negras. Miró a su alrededor como si quisiera llevarse algo de aquel entorno que odiaba. Un monoambiente (que bien podría ser considerado solo un cuarto si no fuese porque tenía un baño pequeño) en pleno Chinatown. Un sitio minúsculo en donde Mason soñó con tener aventuras enormes. No había sido posible. Tal vez no fuera su destino, o, más como pensaba él, nunca había sido lo suficientemente capaz. *Debería haber sido yo y no Sam*, pensó. Mason estaba seguro de que ella no hubiese desaprovechado su vida como él lo hacía cada día. Sin embargo, ya no se torturaría y haría justicia por mano propia.

Estiró la cama que no había llegado a hacer por la mañana. Tuvo la idea absurda de que cuando su madre fuera a recoger las cosas de su hijo muerto, no se decepcionaría tanto si encontraba un sitio medianamente ordenado. Absurdo. A una madre con la fortaleza de la suya, pensó Mason, nada le decepcionaría más que un cobarde corriendo hacia la muerte.

Se preguntó cuándo había hablado con ella por última vez. Habían estado enviándose mensajes durante el día y él, por supuesto, había fingido. Igual que como hacía con Nick, su hermano, y con su padre. Todos los días les pintaba un panorama completamente diferente al que vivía en realidad. Les hablaba de aquella vida que deseaba, pero que no había podido alcanzar.

Pensó en escribir una carta, pero sintió vergüenza. Tal vez, lo mejor fuera que su familia no entendiera. Después de soñar durante prácticamente toda su vida con mudarse de Filadelfia a Nueva York para triunfar en su carrera y brillar en una megacorporación, le alcanzaba con saber él y solo él, que a los veintisiete años no había logrado absolutamente nada. Ni brillar en una megacorporación, ni enamorarse, ni disfrutar de las pequeñas cosas

de la vida. Y eso era lo que más le preocupaba. Había perdido el disfrute en todo.

Resopló y tomó asiento sobre el colchón. Llevaba cinco años instalado allí. Un pequeño departamento ubicado sobre Mulberry y a pasos de Canal Street. Un edificio con una fachada de ladrillos anaranjados y escaleras metálicas oxidadas. Algo que sería temporal y se transformó en permanente. Esas paredes que lo ahogaban porque conocían todo acerca de él. Lo observó una vez más. Paredes descascaradas y manchas de humedad. Una cama pequeña, una mesita junto a ella, los discos de Nirvana, unos cómics y no mucho más. Eso había sido todo lo que había conseguido. Había dejado a su familia en Filadelfia con el sueño de vivir y triunfar en Nueva York y solo había logrado vivir en esa madriguera. Cuando se mudó, pensó que no soportaría el olor a comida china que se colaba por la ventana, ahora ni siquiera era capaz de percibirlo. Estaba acostumbrado.

Tomó la pequeña estatuilla que descansaba en la mesa de luz. Todavía no había decidido si le generaba gusto o aberración. Unos años atrás la hubiese considerado extraña. Ahora, le parecía habitual. El hecho de vivir junto a una pequeña tienda de *souvenirs* orientales lo llevaba a normalizar lo singular. Ladeó la cabeza y la observó. Era una anciana encorvada con una túnica que le rozaba los pies. En una de sus manos llevaba una pequeña vasija rota y en la otra un largo bastón cuya textura llevó a Mason a deslizar el pulgar, parecía corteza de árbol. En el extremo superior lucía un farol de color violeta. Era minúscula, pero Mason se detuvo a observarla y sonrió al recordar aquella mañana. Llegaba tarde al trabajo, como cada día, pero no dudó un instante en detenerse cuando Tao, el hijo del dueño de la tienda de *souvenirs*, lo llamó a los gritos. Cuando lo alcanzó, le entregó la estatuilla. “*Un regalo para vos*”, se limitó a decir. Mason sonrió y la guardó en el bolsillo de su chaqueta.

¿Qué pensaría Tao mañana? Era un adolescente lo suficientemente callado como para agradarle a Mason, que no era bien dado al diálogo. Supuso que sentiría pena. Todos lo harían y luego, por supuesto, recordarían solo los buenos momentos. Eso es lo que hacen las personas con los muertos. Los canonizan. Limpian su alma para hacer de su dolor algo más profundo.

Él no creía haber hecho aquello con Sam. Su hermana *realmente* había sido una persona con el alma pura. Mason había intentado muchas veces en los últimos diecisiete años encontrar una mancha en sus recuerdos de Sam, pero no había nada. Recordaba su cabello negro y sus ojos brillantes. Una sonrisa que lo iluminaba todo. Recordaba cómo lo arrojaba cuando tenía miedo por las noches y cuando se sentaba junto a él para jugar con los Lego. Samantha era la mayor de sus hermanos y no le importaba tener seis años más que Mason. Pasar tiempo con su hermano menor no la avergonzaba como a Nick. No había manchas que pudieran ensuciar sus recuerdos. Samantha falleció demasiado pronto.

Se puso de pie, conectó el móvil con el pequeño parlante *bluetooth* y se tomó unos minutos para elegir el último disco de Nirvana que escucharía. Eligió el *MTV Unplugged en Nueva York*. Siempre le gustó cómo sonaba la banda en vivo, a pesar de que nunca había tenido el privilegio de oírlos salvo por ese disco o videos de YouTube. Kurt Cobain se había quitado la vida dos años antes de que Mason naciera, cuando tenía veintisiete años. Y Mason haría lo mismo, casi como si lo hubiese planificado en su honor.

Eligió *Jesus Doesn't Want Me For A Sunbeam*, una canción que siempre lo hacía sonreír con amargura. Originariamente, la canción pertenecía a una banda llamada The Vaselines, pero Nirvana había grabado su propia versión durante ese acústico. Respiró hondo y se dirigió al baño. Se observó en el espejo, unas

pequeñas arrugas habían comenzado a aparecer en su frente. Hubiese preferido que fuera a los lados de los ojos o de la boca, señales de que hubiese sonreído más. Pero estaba a las claras que había fruncido el ceño más de la cuenta. Observó el lunar al final de su ceja derecha. A Samantha le gustaba tanto que solía dibujárselo con delineador negro en su propio rostro. Tal vez por eso Mason lo odiaba tanto.

Apagó la luz y se detuvo unos instantes para disfrutar de la canción que sonaba lenta en el pequeño apartamento. Sintió la angustia como una ola. Comenzó en la boca del estómago y se detuvo en la garganta. Era un sentimiento conocido y habitual, pero sería la última vez. No esperaba morir de otro modo que no fuera angustiado.

Abrió la ventana de un tirón. El vidrio estaba opaco y el marco oxidado. Se trepó, sacó una pierna y luego la otra. Se suponía que su casa contaba con un balcón, pero nadie que quisiera conservar la vida haría lo que él estaba haciendo. Los finos barrotes estaban oxidados y el piso estaba compuesto por las mismas barras. Mason se había preguntado más de una vez por qué el bendito arquitecto no había pensado en poner algo más firme. En este caso no se iba a quejar, a vistas de que le estaban facilitando el trabajo.

Respiró el aire de la noche. La calle estaba tranquila y el calor de Nueva York ya se empezaba a sentir. Pensó en que pronto llegaría el verano y él ya no estaría. Contrario a preocuparlo, lo entusiasmó. Se tomó del barandal y observó el cielo. Estaba despejado y se veían más estrellas de lo habitual. Probablemente fuera porque nunca se tomaba el tiempo de observarlas.

Sus ojos se detuvieron en las guirnaldas colgantes con lámparas chinas que atravesaban la calle. Eran de diferentes colores: naranja, rosado y amarillo. El paisaje era agradable en ojos de otro, en los de Mason, Chinatown representaba una prisión.

Cerró los ojos y los abrió al cabo de unos segundos. Ya no quería pensar más. Estaba cansado y avergonzado. Sintió el peso en el centro del pecho y entonces, se movió. Se dijo que sería rápido, que solo debía saltar, aunque moría de miedo. Se convenció recordándose que dejaría atrás todo eso que lo hacía sentir patético, amargado e inútil. Se merecía ese final porque había tenido tiempo suficiente y no había encontrado nada por lo que valiera la pena vivir.

Entonces, cerró los ojos una vez más. Respiró hondo y cuando los abrió, decidido y resignado, levantó la pierna derecha y en medio del silencio de la noche, oyó un grito.

—¡NO!

Se sintió como si despertara de un sueño. Tambaleó y regresó la pierna a su lugar. Frunció el ceño y buscó con la mirada. Localizó una sombra en la vereda de enfrente, pero la perdió de vista muy rápido.

De pie en el balcón, observó sus manos temblorosas. Un halo de calor húmedo lo recorrió y dejó escapar un trémulo suspiro. Algo le hizo sentir náuseas. Tal vez era miedo o algo que no entendía y que, por supuesto, tardaría demasiado tiempo en comprender.

Se trepó por la ventana y se encontró nuevamente en su habitación. Ahora sonaba *The Man Who Sold the World*, pero Mason tenía la cabeza en otro lado. Estaba asustado, frustrado y preso. Otra vez, no había sido capaz de liberarse hacia la muerte.

Se quitó la ropa y se deslizó bajo la ducha. Sus ojos dieron con una mancha de humedad en el techo. Cerró los ojos e intentó dejar de pensar, algo que, en principio, a Mason le costaba demasiado. Se detuvo en cada gota que tocó su cuerpo. Llevaba un año queriendo empezar el gimnasio, pero cuando llegaba la hora se sentía demasiado cansado como para hacerlo. Tal vez podría hacerlo al día siguiente, se prometió sabiendo que no lo cumpliría.

Se secó lentamente una vez que abandonó la ducha y con la toalla en la cintura se observó en el espejo. Su pelo negro contrastaba con su piel. Sus ojos demasiado oscuros se veían cansados. Se sacudió el cabello con ambas manos y no pensó en nada. Solo se observó. Quiso encontrar algo que le gustara. No de su físico, eso no le importaba en absoluto. Buscaba algo destacable de él, de su alma, de sus elecciones, de su personalidad. Quiso ser compasivo y honesto consigo mismo. Le gustaban sus sueños, pero le frustraba su poca habilidad para concretarlos. Le gustaba cómo era con las personas, le parecía bien ser generoso pero no le agradaba ser tan poco combativo. Odiaba no poder alzar la voz cuando eran injustos con él o cuando no valoraban sus esfuerzos. Odiaba no tener a alguien que lo entendiera. Odiaba amar solo el pasado.

Se dejó caer en la cama, sin siquiera detenerse a ponerse ropa interior. Todavía con el disco de Nirvana sonando, pensó en la reunión que tendría al día siguiente con Taylor, su jefe. No había pensado nada porque no había planeado estar vivo, de modo que tendría que despertarse, al menos, una hora antes de lo habitual para planear algo. Siguió pensando en su trabajo y en tomarse las vacaciones que tenía pendientes para visitar a su familia en Filadelfia. Siempre pensaba demasiado antes de dormir, a veces creía que lo ayudaba a conciliar el sueño, otras, que fomentaba el insomnio. Sin embargo, esa noche fue más fácil de lo habitual.

Casi como si continuara despierto, se vio de pie, desnudo y en medio de una calle desconocida. Miró a su alrededor y se sintió dentro de una postal. Las personas vestían ropas antiguas. Los hombres llevaban trajes oscuros, chalecos y tirantes. Las mujeres, faldas largas y pañuelos coloridos cubriéndoles el cabello. Las más grandes tenían delantales anudados en la cintura.

Mason frunció el ceño y notó que nadie lo observaba, salvo un hombre. Vestía una camisa blanca con el cuello desabotonado bajo un saco gris. Los pantalones hacían juego y una gran boina

del mismo color se asentaba en su cabeza. Unos bigotes que terminaban en punta cubrían prácticamente toda su boca. Mason pensó en hablarle, aunque sabía que estaba soñando, pero en ese momento ocurrió algo que fue raro, incluso, tratándose de un sueño. Su cuerpo comenzó a brillar y sintió cómo el cuerpo de aquel hombre tan singular lo absorbía todo, hasta borrarlo completamente de la escena.

